

"Redes Sociales: portales de verdad y de fe; nuevos espacios para la evangelización"

Mostrar al Padre en las redes: estima, libertad y audacia

Esta Jornada ha sido convocada alrededor de una pregunta, y eso es muy positivo, porque las preguntas —cuando son sinceras— se vuelven provocaciones a la inteligencia y también a la libertad; es decir, ámbitos de diálogo y propuesta.

La pregunta en cuestión es: **"¿La tecnología puede ayudar a los hombres a encontrar a Cristo en la fe?"**. Esta interpelación resulta esencial, porque bien considerada evita cualquier programa moralista, ideológico o proselitista a la presencia de los cristianos en las redes sociales.

En primer lugar, el objetivo queda indicado de modo preciso: no se trata de planear la mejor estrategia para difundir el mensaje cristiano, ni de introducir palabras piadosas en las redes, no se trata de ganar adeptos o defender bastiones; **se trata de hacer encontrar a Cristo**. Y, por tanto, se nos invita a preguntarnos si la tecnología puede ser un instrumento adecuado para toparse con alguien que, mientras vivió en la tierra, desveló los corazones y así descubrió la identidad de cada una de las personas que decidieron seguirle; una presencia constante que nos enseña que Dios nos ama y es nuestro padre; un hombre que, con su modo de vivir, hablar, comer, mirar, morir y resucitar, despierta en nosotros una atracción humana sin par.

A Cristo se le encuentra hoy en la Iglesia, es decir, en aquellos que han sido incorporados a su cuerpo para ser testigos de su presencia en el mundo. De esta manera la pregunta puede replantearse así: ¿La tecnología puede ayudar a los hombres a encontrarse con Cristo en la fe de la Iglesia?

Así entramos a un segundo nivel de consideraciones.

Cuando la convocatoria del Papa ha hablado de las redes sociales como de "portales" y no de "medios", subraya un **aspecto concreto de la modalidad en que los cristianos hemos de considerar la comunicación**, es decir, **como un estado y no como un proceso**.

La comunicación requiere procesos informativos, pero no es un proceso, no se reduce a la relación emisor-receptor por medio de un mensaje. La comunicación no es un proceso: es un estado, a saber, **el estado de vinculación que existe entre dos o más personas**, gracias al cual comparten conocimientos, afectos y compromisos, y por lo mismo, pueden compartir también un trabajo y construir una vida en común.

La vida compartida se participa en un espacio y a ese espacio puede accederse por medio de diversas entradas. Como hombres y como miembros de la Iglesia, necesitamos espacios porque no somos ángeles y necesitamos accesos, porque entrando al espacio de los demás vencemos nuestra soledad. Pues bien, uno de esos espacios privilegiados de encuentro es hoy el "espacio virtual", particularmente el que se genera en la plataforma de las redes sociales, y **nuestra aportación como rostro de Cristo consiste en el modo peculiar en que accedemos y damos acceso a dichos lugares desde nuestra identidad de Iglesia**.

Entonces, el asunto es **cómo podemos ser parte de esos espacios para convertirlos en puertas de entrada a nuestras vidas**, no a nuestros valores o causas. Se trata de manifestar y de apreciar en ese ámbito todo lo que aporta a desvelar el corazón del hombre y su deseo de belleza. Y entonces, pero sólo entonces, de proponer obras comunes, que corresponden al deseo de realización de las personas involucradas, a la amistad que se ha venido procurando entre ellas.

Construir ámbitos de amistad es esencial, porque **el mundo tiene necesidad de un pueblo nuevo, de reconocer un modo de tratarse entre los hombres que no se someta al poder**, al pecado y sus consecuencias; el mundo tiene necesidad del testimonio de la fe. Por tanto, en las redes no puedo ir pizcando a los de mi “clan” y deslindándome de los diversos, y menos aún puedo ir propagando mis miedos, instalando mis posturas y atacando a mis supuestos enemigos. Cristo en su espacio miró a las personas y las descubrió, no las descalificó; del mismo modo, la Iglesia en la historia se ha propagado llegando al encuentro del hombre y su necesidad. La historia nos enseña que los monjes, por mencionar uno de los ejemplos más paradigmáticos, crearon la civilización cristiana buscando a Dios y que la novedad de vida que trajeron, vino luego como una realidad inesperada. Nosotros tenemos ahora en las redes un reto similar.

Es asombrosa la gran cantidad de cosas bellas, de inquietudes interesantes, de iniciativas pertinentes que son puestas todo el tiempo en el espacio de Internet. ¿Acaso sabemos ligarnos a tanto bien?, ¿somos capaces de hacer cosas similares?, ¿queremos iluminar estos lugares con la riqueza de la experiencia cristiana?, ¿tenemos la disposición para abrazar desde nuestra identidad y, entonces, para valorar con una mirada amorosa y radical todo lo que nos viene propuesto?

Encontrar a las personas, dedicarles tiempo, testimoniar lo que hemos encontrado, para compartir nuestras experiencias normales —como relata la famosa Carta a Diogneto—, subrayar lo que de bello, bueno y verdadero hay en sus vidas, mostrarles al Padre... eso es lo que hace Cristo con nosotros y nosotros estamos invitados a reproducir con los hombres, nuestros hermanos. Y tener un padre, significa: sentirte estimado por uno que te genera, querer atenerte a ese del que dependes porque te ama, y obedecerlo creativa y responsablemente. Pues bien, **del afecto reconocido nace la autoestima y la estima mutua; de la dependencia amorosa nace la libertad; y de la obediencia creativa, la audacia. Estima, libertad y audacia, he ahí un programa de acción cristiana en las redes sociales.**

Sólo entonces podremos ser reconocidos como una presencia digna de ser seguida. Y, entonces, el problema sigue siendo nuestro, o sea: ¿a quién sigo yo?, ¿a mis temores, inseguridad y prejuicios?, ¿o a esa presencia grande que me sostiene pese a todas las negras posibilidades de la historia?

Como cristianos estamos llamados a usar las redes sociales para **convertirnos** siempre de nuevo y siempre más, **a fin de vivir según la voluntad del Padre, es decir, de un modo admirable**: participativamente, pero sin quejas; haciendo familia, no infidelidad; respetando las leyes, pero exigiendo mayor justicia; bendiciendo al que nos maldice; siendo perseguidos, pero sin dar motivos de enemistad; y ofreciendo nuestra mortificación para la salvación de todos. En síntesis, subrayando nuestra propia y personal responsabilidad, sin desertar del puesto que nos ha sido dado en este mundo, en el que la gente cree que se convoca alrededor de la última innovación... cuando en realidad están en búsqueda del Padre que a nosotros —por gracia y no por merecimiento— ya nos fue revelado.

México, mayo de 2013